

La Ilustración Artística



AÑO XXX

BARCELONA 27 DE NOVIEMBRE DE 1911

NÚM. 1.561

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



RETRATO DE UN NIÑO, pintado por G. Spéncer Watson

Si difícil es siempre en el arte pictórico el género del retrato, más aun lo es cuando ha de reproducirse la figura de un niño, ya que en este caso tiene el artista que luchar con la falta de una personalidad completamente formada, es decir, de uno de los elementos principales, acaso el más importante, para que la obra pueda responder enteramente á su objeto. El hermoso retrato de niño que el grabado adjunto reproduce es una prueba de que el celebrado pintor londinense Spéncer Watson sabe vencer de un modo admirable esas dificultades y es digno de la fama que como retratista ha logrado conquistarse.

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *La infanta Paz*, por Teodoro Baró. — *SS. AA. la infanta Doña Paz y la princesa Doña Pilar en Barcelona*. — *La Virgen y el Niño*. — *D. Ramón Cáceres*. — *Dr. D. Clemente Cortejón*. — *El general Reyes en Madrid*. — *El enigma de la calle de Cassini* (novela ilustrada; continuación). — *La revolución en China*.

Grabados.—*Retrato de un niño*, pintado por G. Spéncer Watson. — *La infanta Paz*. — *S. A. la princesa Pilar*. — *Sus Altezas en Barcelona* (cuatro fotografías). — *Cementerio moro, Zoco de Tánger*, cuadros de José Benlliure. — *La vida de 400 prisioneros turcos en Caserta* (lámina). — *Madrid. El nuevo templo de Nuestra Señora del Consuelo* (lámina). — *La Aurora*, cuadro de E. Bissón. — *La Virgen y el Niño Jesús rodeados de ángeles*, cuadro de Lorenzo Lotto. — *El general D. Ramón Cáceres*. — *El Dr. D. Clemente Cortejón*. — *Madrid. Banquete dado por la Unión Iberoamericana en honor del general Reyes*. — *La revolución en China* (tres fotografías).

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El consuelo de las habas cocidas en todas partes, y el otro que se llama por antonomasia de tontos, el mal de muchos, no debieran tranquilizarnos: porque un mal que sea muy general, tiene mayores probabilidades de ser duradero, y además, el ejemplo que viene de naciones encaramadas á peldaños más elevados en la escala de la civilización, tiene probabilidades de pasar de ejemplo á contagio.

Todas estas reflexiones pesimistas, me las sugiere algo que leo en la prensa francesa. Se habla mucho estos días de los tan acreditados y consecuentes *apaches*, que, casi dueños de París, se han colado en el ejército gracias á una reciente ley, de fecha de 1910; ley, dice el diario donde recojo estas noticias, inspirada á senadores y diputados franceses por un acceso de la estúpida sensiblería, que es uno de los estigmas degenerativos de nuestra época, en la cual se practica una falsa filosofía, regada con lágrimas de cocodrilo —son las palabras textuales del periódico. — Los referidos diputados y senadores, partiendo de la teoría correccionista, de la idea de que los criminales se enmiendan *por bien*, lo cual, hablando en general, es error manifiesto, decretaron que los presidiarios puedan ingresar en las filas del ejército, olvidando el aforismo de horticultura: «En un frutero, una manzana podrida pudre á las otras, mientras que todas las sanas no pueden sanear á la podrida.»

Así, los franceses han resuelto contaminar sus regimientos con la presencia de los apaches. Ni aun se les ha ocurrido lo más elemental: que los apaches formasen un cuerpo aparte. Entonces, pudiera suceder que se desarrollase en ellos, á falta de lo que se llama un arrepentimiento de conciencia, uno de orgullo, porque el orgullo colectivo lo sienten todos los hombres, hasta los más degradados. Es fácil que ese cuerpo, compuesto de gentes sin honra, hiciese por adquirirla un día de combate. De esto, la experiencia demuestra que se han visto casos.

Lo deshonesto y mortificante y peligroso, es sembrar á los criminales en cuerpos compuestos de mozos que acaban de soltar la esteva ó el azadón, honrados campesinos y artesanos, médula y vigor del país. Y esto se hizo, y esto disgusta y alarma, y con razón, á los que se interesan por el ejército francés. Por lo pronto, dos soldados del 117 han cometido estos días un horrible asesinato por robar; y uno de ellos era un reincidente, que arrastró sin duda al otro, el cual, hasta entonces, no había cometido delito alguno. La manzana podrida pudrió á la sana.

Mejor inspirada que al crear estas leyes, está la nación francesa al festejar y honrar á sus hijos ilustres. Reciente está el homenaje á madama de Sévigné, y ahora acaba de erigirse en el cementerio de Montparnasse el busto conmemorativo del eminente crítico Fernando Brunetière, muerto hace pocos años, de consunción laríngea, en lo mejor de su labor perseverante y fructuosa.

En realidad, el homenaje á Brunetière lo encuentro *maigre*, como ellos dicen. No se ha dado cuenta acaso la patria de Brunetière de las clasificaciones literarias, del lugar que corresponde, en el escalafón, á este crítico tan notable y tan robusto en su pensamiento. Brunetière, además fué impopular, y hoy no es el mérito, es la popularidad la que hace las reputaciones estruendosas, que se esparcen por el mundo. Fué impopular Brunetière, con plena conciencia de serlo, con alegría tranquila de sabio que no ha soñado nunca tener nada de común con la turbamulta esclava de las pasiones y los errores de una hora; y, si yo no conocía mal á aquel hombre de tan acendrado valer, le hubiese molestado un poco, le sería embarazosa la popularidad al modo de Víctor Hugo y Lamartine. Brunetière no escribía para todos: su estilo mismo era erizado y difícil en medio del nervio *gaulois* que poseía: con razón se le comparó al *testu-*

do, á esa manera de combatir de los romanos, que formaban una falange cubriéndose con los recios escudos, y no presentaban al enemigo sino una capa de escamas de hierro.

Cuando Nisard escribió su famoso manifiesto contra la «literatura fácil» condenaba las reputaciones formadas sobre la base de cualquier escrito, escrito sobre cualquier cosa, de cualquier modo, con vaguedad y flojera. Lo que fustigaba Nisard, no era seguramente la espontaneidad, la gracia y naturalidad del estilo, antes al contrario, su hinchazón, su falsedad, la afectación de la forma y del fondo; lo insincero, lo que no brota del verdadero substrato psicológico de un escritor. Nisard, ciertamente, no hubiese dicho que madama de Sévigné escribió fácil, porque ¿quién puede escribir así? Sólo ella. Pues bien: tampoco debíamos calificar á Brunetière de escritor dificultoso, ya que, en él, lo natural era esa misma apretada dialéctica, esa acerada lógica, ese período armado y enlorigado, y un escritor no puede tener mejor estilo que el suyo característico y propio.

Como quiera, no fué popular Brunetière, como no lo había sido Sainte Beuve; y no lo son, en general, los críticos de altura, á menos que adulen al vulgo en sus preferencias, y suscriban á sus entusiasmos interesados é impremeditados. De tales condescendencias, era Brunetière completamente incapaz. Antes se hubiese dejado aspar, que tomar ideas hechas y corrientes. No era infalible seguramente Brunetière, y no digo que acertase en todos sus juicios, pero estaba mucho más arriba que la mayoría, y además, tenía criterio propio; criterio formado é ilustrado por grandes, profundos conocimientos de literatura, filosofía, filología, historia y hasta ciencia política y social. Y, desdeñoso de la fama trompetera, fué contra la corriente de su tiempo, lo cual no siempre es retroceder, y á veces puede ser el modo de encontrarse con el porvenir, que ha de echar por tierra tantas cosas hoy, en apariencia, demostradas.

En la serie de los grandes críticos, cuya obra vivirá y será base de la historia literaria francesa, Brunetière ocupó un lugar inmediatamente después, por orden cronológico, de Sainte Beuve, Gautier y Taine. Tuvo, como estos insignes predecesores suyos, un sistema, una idea propia, y en estos tres nombres pudiera encerrarse todo el movimiento crítico, y la formación del ideal estético. Por eso no me parece que se hayan corrido mucho los franceses al consagrarle á Brunetière, sencillamente, un busto en una necrópolis, en vez de un monumento en algún *square*. Tal vez con el tiempo reparen esta falta.

En cuanto á madama de Sévigné, no hay discusiones: su mérito es de los que no han encontrado, por ahora, quien lo niegue. Esta Santa Teresa mundana ha conquistado á todo el mundo, lo mismo á los inteligentes que á los profanos, con el encanto de su sonrisa, que descubre tan bonitos dientes, y conserva la delicada gentileza, de un gesto palatino. Y ha ayudado á la conquista, la historia de su corazón, pobre corazón de mujer que no halló en el matrimonio la felicidad, sino todos los desencantos y todas las humillaciones; que se mantuvo fiel al recuerdo de un marido detestable, que no quiso buscar la dicha en otros amores, que huyó de segundas nupcias por no causar perjuicios á sus hijos, y que en la vehemente pasión por su hija, madama de Grignán, concentró la fuerza afectiva y sentimental que poseía, rodeando á esta hija adorada de cuidados y ternuras como se rodea de incienso á un ídolo. Por esta hija, por entretener su destierro en Provenza, donde vegetaba, enviándole noticias de la corte, de los asuntos políticos, de la chismografía social, la marquesa de Sévigné escribe sus encantadoras cartas, «dejando rienda suelta á la pluma,» y en un tono de buen humor y discreta agudeza, que ningún otro escritor ha poseído.

Este tono, es el buen tono del siglo dorado; es la marca de aquella sociedad escogida y refinada, en la cual las ideas morales no eran enteramente las mismas que hoy, ó al menos estaban admitidas, sin recato, cosas que actualmente no confiesa nadie, aunque las practique; pero en la cual, en cambio, reinaba el buen sentido, el buen gusto, y eran desconocidas las afectaciones modernas. Cada época tiene su íntima contextura, que no es posible ajustar á la de otra, y uno de los grandes méritos del epistolario de madama de Sévigné consiste en dar la nota exacta del momento en que vivía. Mal conocería á madama de Sévigné quien se la representase melancólica; en su alma—tan amante como se ha demostrado, tan rica en afectos y tan dispuesta al sacrificio, tan lastimada además por los vicios y el desamor del marido, por la inferioridad y frivolidad del hijo, por la muerte ó el desfavor en que cayeron en la corte sus amigos y protectores,—no cupo nunca la queja, la tristeza, el pesimismo; equilibrada como nadie, na-

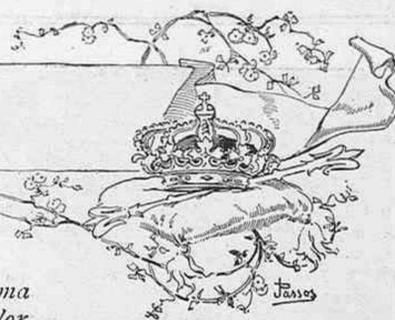
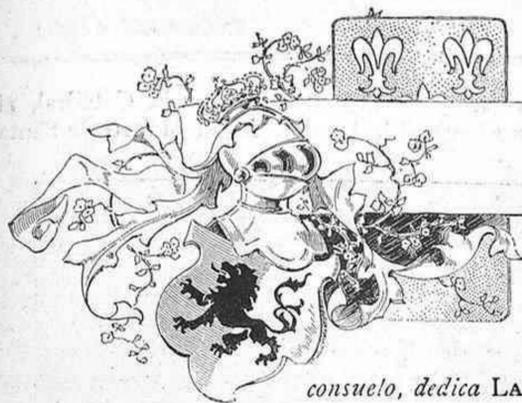
turalidad sana y floreciente, la alegría nace en ella de la inteligencia, de la viveza de percepción con que saborea el espectáculo vario y entretenido de la vida. Con las mismas circunstancias que rodearon á madama de Sévigné; con las propias desilusiones, decepciones y quebrantos, una mujer de la época romántica, una Jorge Sand, se tendría por la más desdichada criatura de la tierra, é invocaría á los astros y á las constelaciones, tomándolas por testigos de la gran iniquidad que el destino cometía con ella... Lo que sostiene á madama de Sévigné, no es la resignación cristiana, pues en la insigne epistolografía hay algo de paganismo, como notó el malhumorado jansenista Arnault; es, realmente, el ligero paganismo de la elegancia, de la *qualité*, insustituible palabra francesa; es también el sentimiento indefinible de moderación y decencia que impide á la gran señora llorar á voces descompuestas, ir refiriendo sus cuitas, como la gentecilla de poco más ó menos. He aquí por qué la Sévigné no nos parece ni desgraciada, ni «incomprendida,» sino con la calma jovial de la dama versada en los misterios del trato. No por eso menos sensible, ni menos rebosante de ternura, generosamente prodigada.

Y mal la conocería tampoco quien viese en ella á una marquesa del antiguo régimen, llena de preocupaciones ridículas. Es cierto que la Sévigné sufrió el atractivo y el prestigio de la realeza. Para ella, como para todos, Luis XIV fué el Sol. Téngase en cuenta que Luis XIV, además de su prestigio personal, resumía el de su gloriosa época. Tanta magnificencia, tantas victorias, tanto arte, tanto engrandecimiento para Francia, los representaba aquel hombre del cual, el día que la sacó á bailar, dijo la Sévigné que, «sin género de duda era un gran rey;» y, como en tal sociedad nunca perdían sus fueros el ingenio y la malicia, respondió el satírico Bussy: «¡Ya lo creo! ¡Después de lo que acaba de hacer!» No cabe reprochar á la Sévigné un culto universal, el endiosamiento de Luis XIV, caso tal vez único en la historia, porque, siendo Luis XV más antojadizo y tan absoluto como su antecesor, los tiempos habían cambiado, y ya la apreciación de sus actos fué infinitamente más severa: no brotó á su alrededor la adoración respetuosa que á Luis XIV rodeaba. Madama de Sévigné había de compartir, forzosamente, esa veneración, y sentir el ascendiente misterioso del árbitro de Francia, y acaso, en determinados momentos, del mundo. La prueba de que no es posible juzgar las ideas de entonces por las contemporáneas, es que se consideraba honra altísima, para las familias más linajudas, que de su seno saliesen las preferidas del rey. La «caída» de la señorita de Lavallière, coincidió con la presentación en la corte de la señorita de Sévigné, después condesa de Grignán. Era muy bella, y además muy discreta y sabia, adepta de la filosofía de Descartes, lo cual entonces estaba de moda, y muy diestra en las fórmulas y requisitos cortesanos. No se hablaba más que de la gentil damisela, y el rey dió en reparar en ella un poco. La contingencia no sólo llenaba de júbilo á su madre, sino á todos los de su familia y estirpe. Sería grave error condenar rigidamente, en este caso, á la Sévigné: en cualquier otro punto, seguramente sus nociones de dignidad serían cual hoy pudiéramos exigir las. Pero, como dice muy bien Schopenhauer, el honor social lo forma la opinión, y la opinión la forma una mayoría, y por eso no ha sido nunca muy fácil poner de acuerdo los varios honores que se conocen, ni sus códigos. Lo más honroso, lo más lisonjero, en el siglo XVII, en Versalles, era ciertamente lo que estuvo á pique de suceder á la señorita de Sévigné.

No es cosa averiguada si el no haber sucedido fué porque la señorita filósofa prefirió la vida apacible del hogar, ó porque no llegó á inspirar al monarca el violento capricho que la Montespán. Y el hogar de la condesa de Grignán tampoco fué venturoso. El marido jugaba, y amargaban la vida de la hija los excesos que habían amargado la de la madre. Y fué para esta madre apasionadísima, que todo lo hubiese dado por su hija, hasta la vida—y por lo menos dió la salud, cuidándola en grave enfermedad y contrayendo la que más tarde la llevó al sepulcro,—fué, digo, para la Sévigné dolor mayor que el propio, ver á su hija tan poco feliz, obligada á empeñar su hacienda para pagar las deudas de Grignán.

Y de las cartas, que entretenían las tristezas de la separación, y en que un cariño acrecentado por la ausencia encontraba desahogo, salieron páginas, de lo más clásico de la literatura francesa, en el momento de mayor esplendor del habla. Ningún escritor de oficio pudo competir con la pluma de mujer, que graciosamente torneaba los párrafos, al impulso irresistible, íntimo, del amor maternal.

LA INFANTA PAZ



A la infanta ilustre que tantos títulos tiene á la gratitud de los españoles todos; á la augusta protectora de nuestras artes y de nuestras letras; á la dama de excelsas virtudes en quien todo desvalimiento halla amparo y todo dolor

consuelo, dedica LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA este modesto homenaje de admiración y respeto en recuerdo de su estancia en Barcelona.

No escribimos la infanta Doña Paz, sino la infanta Paz, porque el *doña* lo ha suprimido la cariñosa popularidad que ha merecido y de que disfruta. La infanta tiene un sitio en todos los hogares, porque en los corazones se le reserva un rinconcito para guardar en él su nombre querido, no porque es infanta, sino porque es buena, y además de buena, es esencialmente española, en lo que se parece á su hermana la infanta Doña Isabela. Sienten la patria, y la han sentido siempre, hasta cuando fué injusta con ellas, y la lloraron en el destierro. Aquellas tristezas fueron compensadas por el júbilo cuando se abrieron de nuevo para la desterrada familia real las fronteras de España, porque, como ha dicho Calderón:

¡Qué alegre cosa es volver,
después de una gran partida,
á ver la patria!

Basta ver una sola vez á la infanta para no olvidarla; y no se la olvida porque su alma está siempre asomada á sus ojos y á sus labios; y mientras aquéllos miran con dulzura, la sonrisa se posa en éstos como la abeja en la corola de las flores, porque hay en ellos mieles. Doña Paz se propone siempre agradar, atraer, no por cálculo, sino por necesidad de su alma. Durante su infancia, encantaban á la real familia su candor y su bondad, que conservó la joven y enaltecen á la esposa, á la madre y á la abuela. La infanta, de corazón eternamente joven, es abuela, y ella se enorgullece de serlo y se siente feliz, porque puede juntar en los nietecitos las puras ilusiones de la doncella, el amor de la esposa, que se agranda y tiene fulgores deslumbradores cuando se convierte en amor de madre; y todos estos amores se concentran, se funden en uno al calor del beso que la abuela deposita en las frentes de los hijos de su hijo, que son dos veces suyos, porque suyo es el hijo. Y luego, les quiere más porque han nacido en España, en el palacio donde ella nació; y su hijo Fernando es infante español, y lo es su esposa María Teresa. ¡Todos españoles!, debe exclamar con júbilo la infanta Paz.

Sólo es donde *está* cuando se encuentra en nuestra tierra; mas si se halla en Baviera *está* allí, pero *es* en España. Es esencial la diferencia entre ser y estar. Ser denota lo permanente; estar lo actual. Así la infanta siempre *es* en España aunque *esté* en otra parte. Esto lo saben perfectamente los españoles que han ido á Munich. Para que las puertas de su palacio de Nymphenburg se abran, basta el conjuro, siempre eficaz, del idioma de Cervantes, pues el nacido en España no necesita ninguna recomendación; y si el que solicita audiencia es un artista, se encontrará con que al querer mostrar su gratitud por haberle sido concedida, se le anticipará la infanta Paz en la expresión de su júbilo, pues siendo su temperamento artístico, disfruta cuando recibe y más cuando puede prestar su protección á los españoles que al cultivo de las Bellas Artes se dedican.

Si se trata de organizar alguna Exposición en España y se desea el concurso de los pintores alemanes, en particular de los bávaros, es sabido que los organizadores se dirigen á la infanta Paz y le piden su apoyo, en la seguridad de que les será concedido sin limitaciones. Más diremos: sospechamos que si no lo solicitaran y se dirigieran á otras personas, la

augusta dama lo sentiría. «¿Acaso no está ella en Munich? Pues, ¿por qué no han de dirigirse á ella?» En cambio, cuando se resuelve celebrar alguna Exposición de Bellas Artes en Baviera, entonces es la infanta quien se dirige á los pintores y escultores espa-

dió ser admitida y se la admitió. Otra mujer hizo igual solicitud: era una anciana que antes de morir deseaba ver al vicario de Jesucristo. Carecía de recursos, pero tenía fe, é hizo el viaje como pudo, parte á pie. En la recepción refirieron á León XIII lo que había hecho la anciana, y el Papa le dedicó palabras de tanta bondad, que fueron rocío celestial para el alma de aquella buena mujer. A la peregrinación se agregaron: una infanta de España, una princesa bávara hija suya y una anciana pobre.

A fuer de cristiana, la infanta Paz es caritativa. En muchos hogares de Munich se la bendice y se ruega por la buena princesa española. Ha querido reunir á su alrededor unos cuantos niños de familias necesitadas de España para ampararlos y educarlos; y aquellas criaturas son su encanto, su delicia; los visita, habla con ellos, celebra sus dichos y admite con complacencia los míseros juguetes que le regalan para sus nietos; y no se contenta con esto, pues para los chiquillos españoles están abiertas de par en par las puertas del palacio de Nymphenburg. Quiere que las buenas obras á que contribuye en Baviera se hagan también en España, y á su iniciativa se debe el Bazar del Obrero, establecido en Madrid, que es de desear se funde en toda España. La empresa es fácil y con poco ó con nada puede realizarse. Consiste en pedir todo aquello que por usado ó desvencijado no sirve á los que lo tienen y cuentan con recursos para cambiarlo. Lo inútil para el que lo posee, sea lo que fuere, se regala al Bazar del Obrero, donde se renueva, se restaura, poniéndolo en buenas condiciones para ser utilizado. El precio que se le pone es lo que ha costado el arreglo y poquito más para gastos generales; y de esta manera la gente pobre puede proporcionarse por poco dinero, casi regalados, muebles,



La infanta Paz. (De fotografía de B. Dittmar, de Munich.)

ños pidiéndoles que no dejen de concurrir. Ella cuidará de que se señale un buen salón á la sección española y de que los cuadros estén colgados de manera que por las condiciones de la luz puedan ser apreciados. No habrá detalle que se le escape, ni cosa menuda que no crea digna de su atención tratándose de que brille la labor de sus paisanos. Luego, ya recibirá la recompensa de sus desvelos el día de la inauguración.

Llega este día; asiste el regente, príncipe Leopoldo, rodeado de la familia real, de los ministros y de la corte. Por su rango de princesa bávara, la infanta está en primer lugar con su esposo; pero aunque sonríe, se ve que está algo impaciente, porque desea que la regia comitiva llegue pronto á la sección española. Ya ha penetrado en el salón dedicado á nuestros artistas; y todas las miradas, empezando por las del anciano príncipe regente, se fijan en la infanta, y á ella se dirigen los elogios que merecen las obras expuestas, porque se sabe que los recogerá en su corazón de española y los transmitirá con júbilo, acrecidos por los suyos sin tasa, á los artistas sus paisanos que los hayan merecido.

Si su temperamento es de artista, su alma es profundamente cristiana. Se hallaba en Roma con su hija la princesa Pilar, cuando fué la peregrinación española en los últimos años del pontificado de León XIII. Quiso unirse á la peregrinación y arrodillarse á los pies del Papa confundida con sus paisanos. Pi-

ropas, juguetes, cuanto necesita y no podría comprar á los precios corrientes. Si en Baviera bendicen á la infanta Paz por su caridad, también la bendecimos en España.

Para realizar las obras de la basilica que la piedad levanta á Santa Teresa de Jesús, se acudió á la infanta, que en el acto prestó su concurso, trabajando con entusiasmo para crear Juntas en toda España y allegar fondos; y además, escribió para la revista que se publica á fin de poner en relación á todos los cooperadores y darles noticia de la obra que se realiza. La infanta Paz narra en sus artículos las impresiones de su vida con tanta sencillez é ingenuidad, que son muchos los diarios que se apresuran á reproducirlas, porque la narración encanta. Allí parece que no hay arte, pero hay mucho; el arte del corazón, ingénito, espontáneo y, por ende, bello. Su prosa se desliza como arroyo límpido, que refleja flores y mariposas y un cielo sin nubes, transparente. La infanta se nos reveló como literata sin proponérselo, lo que prueba que lo es. El estilo es suyo, propiamente suyo. También escribe versos. Zorrilla me contó que la infanta deseaba que la enseñase á versificar. No podía elegir mejor poeta.

Se leen los versos de Zorrilla y de nuestros grandes vates en Nymphenburg para evocar los recuerdos de la patria y enseñar á amarla. Ella los conoce, pero quiere que los oigan sus hijos. Para que se sepa cómo los educa diremos que hace unos cinco años, un pe-

el hombre reina en su casa, la mujer la gobierna, se ha propuesto enseñar á gobernar la suya á su hija,

Día 17.—«Te Deum» y visita á la Catedral, al Ayuntamiento, á la Diputación, al Museo de Santa



S. A. la princesa Doña Pilar



SS. AA. presenciando el festival del Parque Güell

riódico publicó un fotgrabado, en el que aparecía la hija de reyes, aquella á cuya presencia las músicas militares baten marcha y los alabarderos se cua-

tanto más cuanto los palacios, por ser casas grandes, requieren mayor gobierno.

TEODORO BARÓ.

Agueda, excursión al Tibidabo, banquete en el palacio de los marqueses de Comillas y fiesta en el palacio de los condes de Güell.—*Día 18.* Excursión á



SS. AA. en la Casa Provincial de Maternidad y Expósitos de las Corts de Sarriá

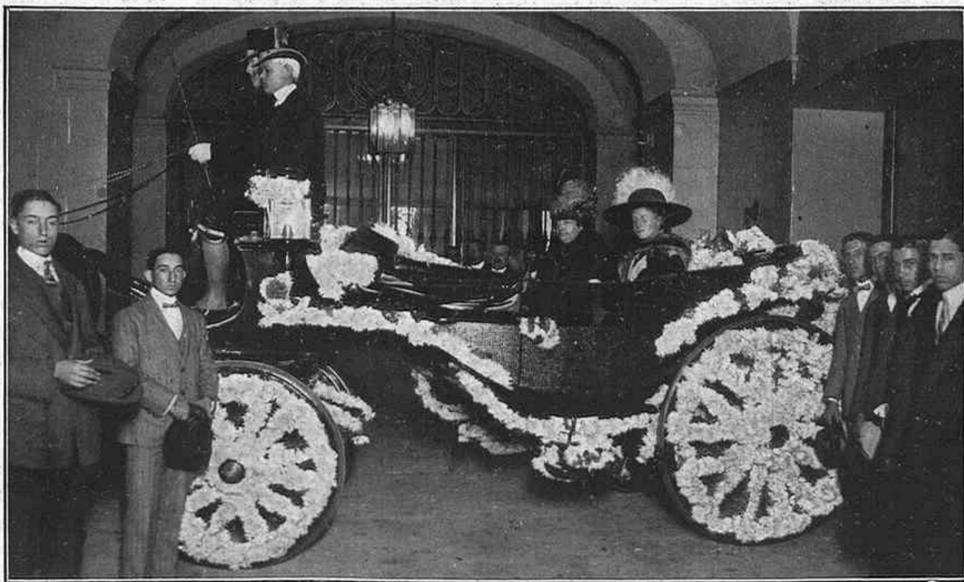


SS. AA. visitando las obras del puerto

dran, en la cocina de su palacio de Baviera, ó en las cocinas, pues cuando se trata de casa grande se emplea el plural para que la grandeza de donde se guía corresponda á la de los yantares y de quienes los comen. En el fotgrabado aparecen, encima de una gran mesa, cacerolas y pucheros, y ocupadas en preparar los manjares se ven algunas cocineras de tipo alemán, con sus correspondientes delantales blancos, que han suspendido la tarea al ser tratadas; y entre ellas á la infanta Paz y á su hija la princesa Pilar. Se nota que la infanta aprieta los labios para que en ellos no retoce la sonrisa, pensando por ventura en lo que dirían los españoles al mirarla en las cocinas, rodeada de cocineras y de cacerolas. Pues dirían que además de ser princesa que honra la estirpe, y buena cristiana, como lo demuestran sus obras de caridad; y excelente española, lo que patentiza á cada momento con la protección que dispensa á los que en la península han nacido, es mujer hacendosa y madre que cuida hasta los menores detalles de la educación de sus hijos. Al pie del fotgrabado se leía: «La infanta doña Paz y su hija la princesa doña Pilar asistiendo á un curso de cocina en las cocinas del palacio de Nymphenburg.» Recordando la infanta que si

SS. AA. RR. LA INFANTA DOÑA PAZ Y LA PRINCESA DOÑA PILAR EN BARCELONA
No tenemos espacio para reseñar los actos á que SS. AA. han asistido ni los agasajos de que han sido

Montserrat, visita al Sanatorio para tuberculosos de Tarrasa y concierto de gala en el «Palau de la Música Catalana.»—*Día 19.* Visita al Salón Parés, festival de caridad en el Parque Güell, visita á las obras del puerto y á los museos municipales, recepción y banquete en el palacio de los marqueses de Comillas y función de gala en el Liceo.—*Día 20.* Misa en la Merced, visita á la Casa Lonja, al Palacio de Justicia, al Hospital de San Pablo, al templo de la Sagrada Familia y á la Casa de Maternidad y fiesta en el Círculo Artístico.
Sólo el deseo de SS. AA. de complacer á cuantos ansiaban verse honrados con su visita y de conocer las más cosas posibles de nuestra ciudad, deseo que se ha sobrepuesto á toda consideración de comodidad personal, ha permitido realizar tan nutrido programa. La infanta Paz y su hija Pilar han sido recibidas en todas partes con indecible entusiasmo y en todas partes han dejado oír frases de sincero elogio y para cuantos se han acercado á ellas han tenido palabras de cordial afecto. La despedida que Barcelona les ha tributado ha sido la expresión más elocuente de las profundas simpatías que en todo el pueblo barcelonés, sin distinción de clases, han sabido conquistarse.—T.



Coche adornado con flores por los estudiantes para que lo ocuparan SS. AA. al dirigirse á la estación, á su partida de Barcelona (De fotografías de nuestro reportero A. Merletti)

objeto durante su corta estancia en esta capital. Apenas si podremos enumerarlos por orden cronológico.

simpatías que en todo el pueblo barcelonés, sin distinción de clases, han sabido conquistarse.—T.



CEMENTERIO MORO, cuadro de José Benlliure adquirido por S. M. el rey de Italia



ZOCO DE TÁNGER, cuadro de José Benlliure adquirido por S. M. la reina Margarita de Italia

CÓMO TRATA ITALIA Á SUS PRISIONEROS DE GUERRA



Soldados turcos
jugando una partida de damas



Cuadras destinadas á dormitorios de los prisioneros



Los hijos de los oficiales turcos á quienes se permite que acompañen á sus padres en la prisión



Los prisioneros turcos se entregan á juegos deportivos al aire libre



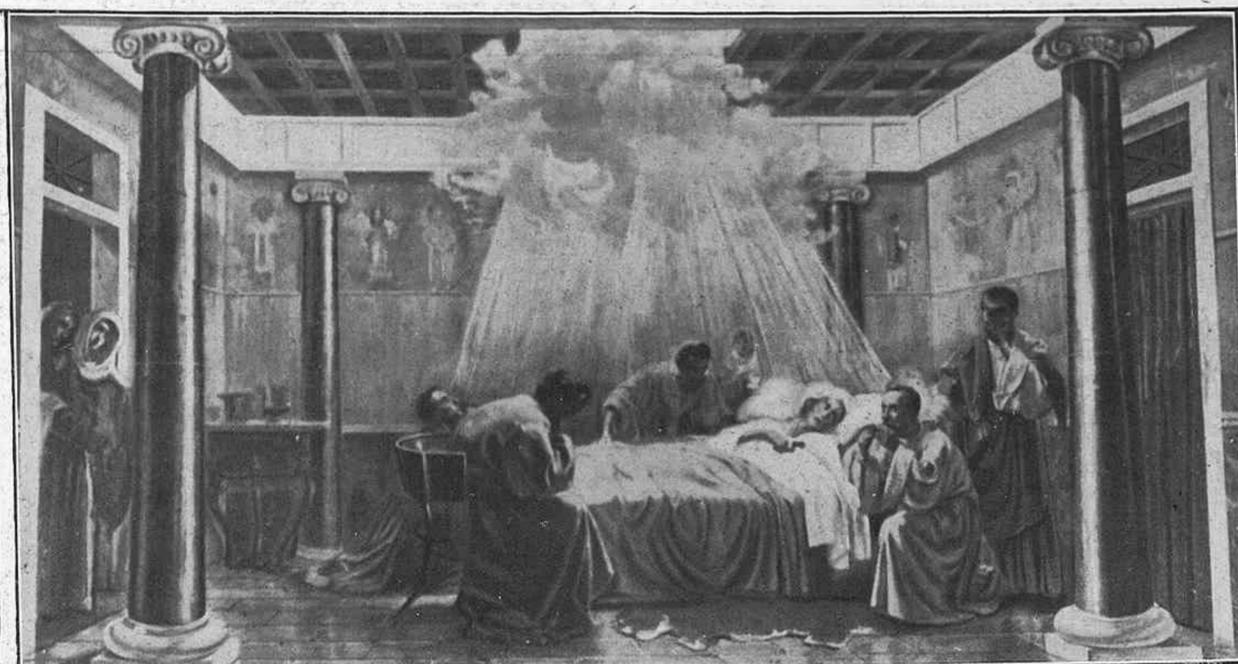
Lucha de dos boxeadores

LA VIDA DE 400 PRISIONEROS TURCOS EN CASERTA. (De fotografías de Carlos Abeniagar.)

MADRID.—EL NUEVO TEMPLO DE NUESTRA SEÑORA DEL CONSUELO
(De fotografías de Asenjo y Salazar.)



Fachada principal de la calle de Valverde



Muerte de Santa Mónica, fresco de Soriano Fort



Imagen de Nuestra Señora del Consuelo,
patrona del nuevo templo

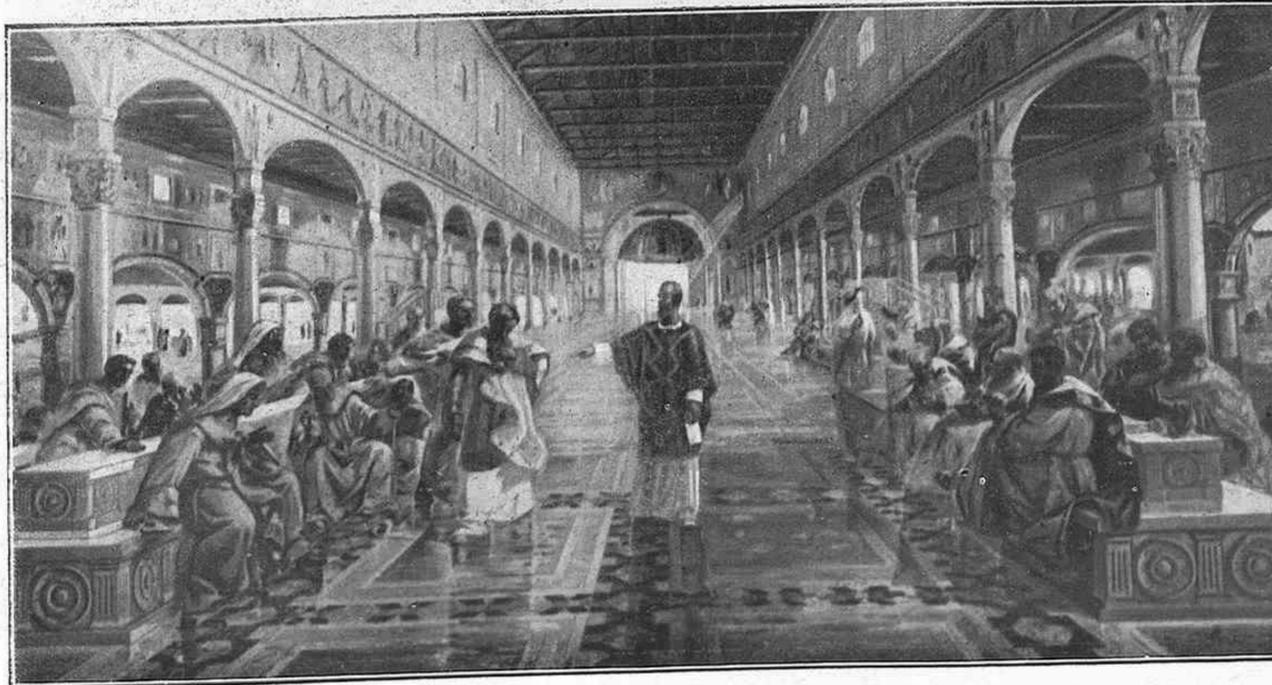


San Nicolás de Tolentino,
cuadro de Ramón Pulido



Extasis de San Agustín y Santa Mónica,
cuadro de Alvarez Sotomayor

Este nuevo templo, levantado por los Padres Agustinos del Escorial, ha sido dirigido por el maestro D. Juan I. de Garrucea y por los arquitectos Sres. Vera y Viñamar.



San Agustín discutiendo con los maniqueos, fresco de Adelaido Polo



San José y el Niño Jesús, cuadro de Simonet



LA AURORA, CUADRO DE E. BISSÓN, grabado por Bong

POG

LA VIRGEN Y EL NIÑO,

CUADRO DE LOTTO QUE RECIENTEMENTE HA SIDO ROBADO DEL PALACIO MUNICIPAL DE OSIMO

Desde que ocurrió el escandaloso robo de la *Gioconda*, que tanto revuelo movió en los centros artísticos de todo el mundo, no parece sino que los ladrones de objetos de arte pretenden demostrar que contra sus osadías no valen precauciones, y en prueba de ello podemos citar, entre otros, los robos de un cuadro de Orcagna, en Santa María la Nueva, de Florencia, del de Lotto, que adjunto reproducimos, y el más reciente



La Virgen y el Niño Jesús rodeados de ángeles, célebre cuadro de Lorenzo Lotto que recientemente ha sido robado en el Palacio Municipal de Osimo (Italia). (De fotografía de Argus Photo Reportage.)

de la *Virgen*, de Fra Angélico, que ha desaparecido del museo florentino de San Marcos.

La preciosa obra de Lotto se guardaba en una sala del Palacio Municipal de Osimo, junto con otro lienzo, valiosísimo también, de Vivarini; los ladrones, para no ser fácilmente descubiertos, dejaron el marco y se llevaron solamente la tela.



El general D. Ramón Cáceres, presidente de la República Dominicana, asesinado en Santo Domingo el día 19 de los corrientes. (De fotografía.)

Ignórase cómo se efectuó el robo y parece imposible que éste pudiera realizarse en un edificio que, lógicamente pensando, debe estar bien custodiado. Han sido detenidos en Osimo dos individuos y se espera que por ellos se llegará al descubrimiento de los verdaderos ladrones y podrá recuperarse el cuadro; pero hasta ahora tales esperanzas no se han convertido en realidad.

Lorenzo Lotto nació en Venecia á fines del siglo xv y falleció en Loreto en la segunda mitad del xvi. Discípulo, según unos autores, de Leonardo de Vinci y, según otros, de Juan Bellini, supo crearse un estilo propio, juntando á las cualidades de color y ornamentación de la escuela veneciana

el carácter grandioso del Giorgione y la belleza más ideal del gran Leonardo, y se mostró sobre todo original introduciendo en sus composiciones actitudes nuevas, oposiciones inesperadas, sin ser extravagantes, y perspectivas felizmente dispuestas. Además, distinguióse por la riqueza de los tonos y por la suavidad del color.

Las obras suyas que más se admiran son: *La Virgen y el Niño rodeados de ángeles*, que es el robado en Osimo; *La Virgen y el Niño rodeados de santos*, que existe en la iglesia de San Bartolomé, de Bérgamo; *San Juan con el cordero*, que se conserva en la iglesia del Espíritu Santo de la misma ciudad; *La boda de Santa Catalina*, *Virgen gloriosa*, *San Sebastián* y *San Cristóbal y La mujer adúltera*, que figuran en la

ejercía y al cumplimiento de sus deberes sacerdotales, aun halló medio para entregarse con verdadero entusiasmo á los estudios cervantinos y para publicar algunas obras verdadera-



El Dr. D. Clemente Cortejón, ilustre literato, director y catedrático del Instituto de Barcelona, fallecido en esta ciudad el día 22 del actual. (De fotografía.)

mente notables, entre las cuales merecen especial mención *Retórica y Poética*, *Preceptiva Castellana*, *Arte de componer en prosa castellana*, *Gramática Castellana*, *Estudio crítico de la epístola de Horacio «A los Pisones»* y sobre todo su monumental edición crítica del *Quijote*, en la que se hallan condensados sus vastos conocimientos sobre este libro inmortal y que le ha valido fama tan grande como justa.

Era académico de número de la de Buenas Letras, correspondiente de la Real Española, canónigo de esta Catedral, capellán de S. M. y comendador de la orden civil de Alfonso XII.

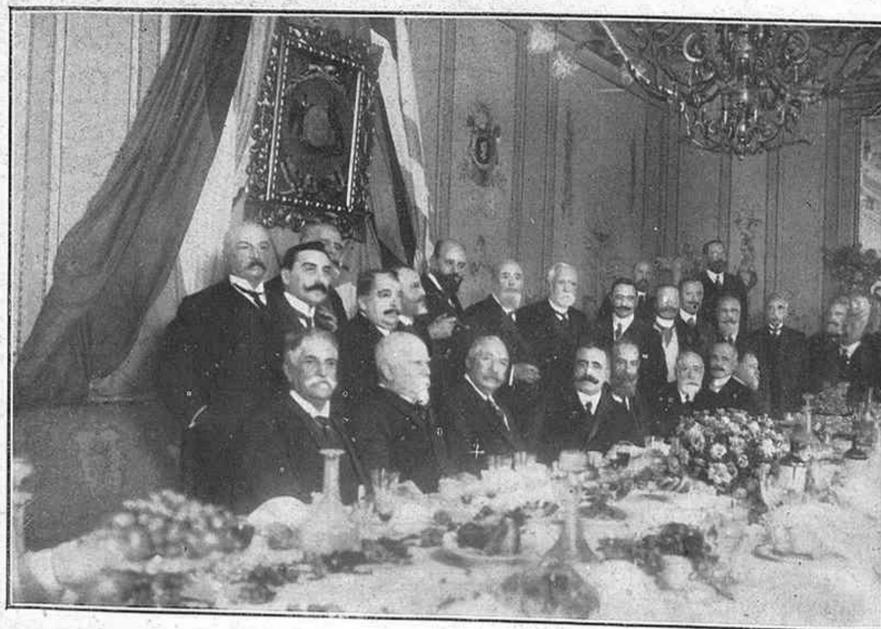
Sus talentos conquistaronle el respeto y la admiración de los sabios; sus excepcionales dotes pedagógicas, el cariño y la adhesión incondicional de sus alumnos; sus virtudes y sus bondades, el aprecio y las simpatías de cuantos le trataron.

¡Descanse en paz!

EL GENERAL REYES EN MADRID

La Unión Ibero-Americana, aprovechando la estancia en la corte del general Reyes, ha querido rendir un homenaje al ilustre expresidente de la República de Colombia, que tantas y tan elocuentes pruebas ha dado en todas ocasiones de su amor á España. Al efecto, entre otros obsequios, le dedicó un suntuoso banquete que se efectuó el día 18 de este mes en el domicilio social y al cual asistieron las más conspicuas personalidades de nuestra política y los distinguidos representantes de muchas repúblicas americanas.

Sólo se pronunciaron dos brindis, el del Sr. Rodríguez Sampedro ofreciendo el agasajo al general Reyes y el de éste agradeciéndolo. Ambos discursos fueron elocuentísimos y en ambos pusieron de manifiesto los estrechos vínculos de cariño que unen, cada vez más íntima y sólidamente, á la madre patria con sus hijas emancipadas, y la seguridad de que



Madrid.—Banquete dado por la Unión Ibero-Americana en honor del ilustre expresidente de la República de Colombia general D. Rafael Reyes el día 18 de los corrientes. (Fot. Asenjo y Salazar.)

Pinacoteca de Munich y en los museos de Viena, Berlín y del Luxemburgo respectivamente.

D. RAMÓN CÁCERES

El día 19 de este mes fué asesinado en Santo Domingo el presidente de la República Dominicana, general D. Ramón Cáceres. El crimen, según comunicación de la legación de aquel Estado en París, es de carácter político y ha producido gran indignación en la opinión pública, que apreciaba en lo mucho que valía al estadista ilustre y al hombre dotado de gran corazón.

El general Cáceres nació en Moca en 15 de noviembre de 1867, comenzó á figurar en la política de su país en 1899 á raíz de la muerte del presidente Ulises Heureux. Fué gobernador de varias provincias, ministro de Guerra y Marina y del Interior y Policía y vicepresidente de la República, siendo en 1906 elevado á la presidencia y reelegido para esta suprema magistratura dos años después.

Durante su gobierno, el país ha prosperado extraordinariamente; el comercio se ha triplicado, los valores públicos han ganado un ciento por ciento, las obras públicas han alcanzado gran desarrollo y el ejército ha sido objeto de una importante reorganización.

El general Cáceres, cuyo amable trato, sinceridad y franqueza le conquistaban las simpatías de todos, era un gran amigo y un entusiasta admirador de España.

DR. D. CLEMENTE CORTEJÓN

Nació el Dr. D. Clemente Cortejón en Meco, en 23 de noviembre de 1842, y estudió la carrera del sacerdocio en el Escorial y la de Filosofía y Letras en Madrid, ganando por oposición en 1877 la cátedra de Retórica y Poética de este Instituto, del que algunos años más tarde fué nombrado director.

A pesar de su constante labor dedicada al doble cargo que

la permanencia de estos afectos es el medio mejor de fomentar los intereses materiales de España y de la América latina.

EL ENIGMA DE LA CALLE DE CASSINI

NOVELA ORIGINAL DE GEORGES DOMBRE. — ILUSTRACIONES DE LEÓN FAURET. (CONTINUACIÓN)

—¿La confesión al menos podría ser reemplazada por el testimonio de los empleados del telégrafo?

—¡No! Ya me he cerciorado de ello. Además, ese género de testimonio es generalmente impreciso. Sin embargo, Lucianita, tenemos una de las armas que contribuirán a la libertad de tu hermano. ¡Pero hay otras! Si no hubiese, en todo asunto humano, terribles incertidumbres, no me espantaría el mañana, y hasta...

Se detuvo, disimulando, bruscamente su idea, y repuso:

—¿Ves claramente tu misión, Jorge?

—Sí.

—Serás persuasivo; verás bien si mistress Lane quería a la difunta y si desea que su muerte sea vengada. Y tú conoces el arte de los interrogatorios.

—¿En nombre de quién me presentaré?

—En mi nombre. Puedes referir la desgracia que sufrimos... Si mistress Lane quería a la señora Lussac y puede hablar, es casi seguro que dirá lo que sabe.

—¿Por qué no había de poder hablar?

—¡Es muy sencillo!.. Su seguridad, ó la de una persona en quien la señora Lussac tenía puesto gran cariño, puede peligrar. Lo temo.

—¿Lo teme usted?.. ¿Por qué?

—¿No es elemental? La intervención de Enrique ¿no supone precauciones? ¿Y cuál es el sentido de esas precauciones si nadie se halla amenazado?

—¡Es verdad!, exclamó Jorge con estupor.

—¿No era la misma señora Lussac la que se sentía amenazada?, dijo Luciana.

—Es posible, nija mía. Sin embargo, no lo creo. La señora Lussac se hallaba seguramente amenazada; de ello tenemos una espantosa prueba. Pero me imagino que ella no lo sabía.

—¡Diríase, por momentos, que asistió usted al drama!, murmuró Gauchery.

—¡He reflexionado mucho sobre él!, dijo Prouvaire; sobre todo, anoté cuidadosamente lo que vi, asimilé los hechos, examiné las hipótesis posibles, y recurrí al artificio matemático de los límites. Desde anoche, mi espíritu, aparte algunas horas de sueño, no se ha ocupado en otra cosa. ¡Pero no perdamos tiempo en palabras, aunque estas palabras mismas no sean del todo inútiles, pues despiertan ideas y ayudan a la recapitulación! Cuento contigo, amigo mío.

Gauchery y Luciana se miraron un instante, con los ojos luminosos de la juventud, y Jorge depositó luego un largo beso en la pequeña y fina mano de la muchacha.

—¡Ah!, suspiró el físico; es hora de apelar al destierro ó de que yo encuentre la fortuna.

Su fisonomía era ardiente y misteriosa. Pero sacudió los hombros, como un hombre que se descarga de un peso.

—¡Fuera ilusiones!, dijo. ¡Camarada en marcha! Después que Gauchery hubo salido, Miguel pasó su

brazo en torno de la cintura de Luciana y murmuró: —¡Animo, hija mía! Todo lo que podamos hacer por tu amor, lo haremos.

¿cláusula?, ¿sg.?, ¿signo?, ¿signet (r)? ¿Se refiere esto á actas, contratos, cuentas?.. ¿Por qué los números romanos que siguen al signo cl., no llevan ningún orden, mientras que los que siguen al signo sg., van de menor á mayor? No es cosa sencilla. ¡Ah, si yo tuviese los poderes del juez de instrucción ó solamente los del señor Gourdon!

Hizo un gesto resignado y continuó:

—Si sólo se tratase de aclarar un enigma, esto sería muy interesante... pero es preciso libertar á Enrique.

Almorzó de prisa con Luciana, y después de haber tomado de una panoplia un bastón macizo, dijo á su sobrina.

—Sé vigilante, hija mía. A cosa de las tres, los vendedores pregonarían *La Patrie* y la muchedumbre no dejará de hacer manifestaciones, que no tendrán nada de benévolas. Tendrás que desplegar tu ingenio para tranquilizar á tu madre y sobre todo para impedirle que salga. Hazle esperar mi regreso y noticias de Enrique. Esto bastará para retenerla en casa.

Substituyó su fina americana por una pobre chaqueta de desecho, raída en los codos, sacó un sombrero abollado y salió á la calle. El gentío había disminuído considerablemente, á causa de la hora, pero aun bastaba á justificar la presencia de unos cuantos municipales. A la vista de Prouvaire, se alzó un murmullo que acabó en grito:

—¡Muera!, rugió una dama de cabello amarillo, que conservaba en la ropa el vehemente olor de los arenques ahumados y de las sardinas de Nantes.

—¡Muera!, berrearón tres compañeros cubiertos de yeso.

La voz del pueblo justo y magnánime, repitió:

—¡Muera! ¡Muera! Hubo un ciudadano cerrajero, inflamado por varios ajenjos, que manifestó la voluntad de reemplazar al ver-

dugo. Después de haber mostrado, á puñetazos, la solidez de su esternón, se lanzó hacia el físico.

—¡Yo!, yo le voy á demoler. Miguel se volvió, dió un paso atrás y dijo tranquilamente:

—¡Le falta á usted calma, camarada! Aquel plácido tono fué atribuído á miedo por el cerrajero que profirió:

—Y tú tienes por los dos. ¡Toma, asesino! Y descargó un puño cubierto de limaduras. Pero no llegó á su destino. Miguel se había ladeado y, de un garrotazo magistral, hizo crujir la mandíbula del agresor que cayó, vacilante, bajo las garras de dos municipales.

—¡Buen golpe!, exclamó una voz grave. Miguel vió surgir á Jaime Gourdon que se sonreía con aire de persona competente.

(1) *Signet*: registro. el cordón, cinta ú otra señal que se pone entre las hojas de los libros, para señalar las páginas que se quieren encontrar fácilmente.



Miguel pasó, algo pálido, por entre las frases injuriosas

—¡Ay tío, gimio ella, con los ojos llenos de lágrimas, sería tan feliz con él!

—¿Quién te dice lo contrario? Yo te hubiera elegido otro compañero, ¡pero las circunstancias son tan superiores á nuestros pobres deseos! Después de todo, espera. Aun fallida, la esperanza vale más que el pesimismo. Ahora, vete.

Despidió á Luciana con un beso en la mejilla, fué á sentarse á su mesa de trabajo y compulsó sus notas. Volvió á hacer un resumen poniendo en cada epígrafe un número de orden. Dos de los epígrafes fueron subrayados con tinta encarnada; el primero decía: *Nueva Orleans*. El segundo reproducía los signos enigmáticos copiados en el librito de memoria de madama Lussac: cl. IX, II, III, sg. III, IV, VII. En estos signos era, sobre todo, donde se ejercitaban la atenta meditación y aguda sagacidad del químico.

—¡Estos signos no se encuentran aquí por casualidad!, repetía para sí. ¿Cl.?, ¿clase?, ¿clasificación?

—¡Llevar ese imbécil al cuartelillo!, continuó con desdén el jefe de seguridad.

La muchedumbre calló. Los ciudadanos cubiertos de yeso, que habían iniciado un movimiento agresivo, retrocedieron. Y la dama de los perfumes sardinescos, mostrando una súbita indulgencia, declaró a su vecina, vasta tripera de sobremangas de lino:

—¡Tiene médula, el vejete!.. No me extrañaría que fuese inocente...

—¡Tanto como eso!.., contestó la tripera; aunque no le duelen prendas, y los criminales, señora Fourquette, le tienen miedo á la luz del día; por eso hieren de noche.

Otros comentarios de igual sutileza se prolongaban de la calle de Cassini á la de Denfert-Rochereau y á la avenida del Observatorio, mientras Gourdon escoltaba á Miguel hacia el bulevar Montparnasse.

—¡No esperaba encontrar á usted, á no ser representado por dos caballeros encargados de seguirme por el sendero de la guerra!, dijo Miguel al jefe de policía.

—Y á quienes se proponía usted dejar otra vez plantados.

—Quizá sí... quizá no. Una de las diligencias que debo hacer es de carácter personal, y la otra consistía en ir en busca de usted. Su presencia abrevia mi tarea.

—¡Me complazco en servirle! ¿De qué se trata?

—Dudo que me quiera usted contestar. Es á propósito de los papeles de madama Lussac: me vendría saber si entre ellos se ha encontrado un testamento.

Gourdon aguzó el oído y fijó los ojos en su interlocutor:

—Yo mismo no lo sé. A pesar de sus facultades discrecionales, el Sr. Louvart no examinará los papeles si no juzga que pueden tener alguna relación con el crimen.

—Siempre pueden tenerla.

—¿Quiere usted decir, exclamó vivamente el jefe de Seguridad, que, en el caso presente, cree en semejante relación?

—Yo no creo nada. Yo solamente sé que, si tuviera el derecho de registrarlos, no dejaría de proceder á un detenido examen. Porque, en fin, una de dos: ó el asesinato es obra de malhechores vulgares... ó está relacionado con acontecimientos que abarcan la vida privada de la señora Lussac. En el segundo caso, la investigación de los papeles puede ser una necesidad cardinal.

—Sobre todo el testamento.

—¿Por qué sobre todo?

—Puesto que lo que le preocupa á usted es el testamento.

—Me preocupa á título de indicación, ni más ni menos. Me imagino que el testamento podrá contener alguna cláusula capaz de facilitar la investigación de otros documentos ó hechos mucho más importantes que el testamento mismo.

Gourdon anduvo algunos pasos en silencio, cabizbajo, y dijo luego con una especie de brusquedad cordial:

—Confiese usted, caballero, que no cree en la hipótesis del malhechor vulgar.

—Creo en ella parcialmente...

—¿Parcialmente? ¿Es como si dijera que los malhechores pueden á la vez ser y no ser vulgares?

—¡Eso es! Creo en un crimen complejo. Por consiguiente, yo ahondaría en la vida privada de madama Lussac, si me autorizasen á hacerlo, en primer lugar porque tengo vehementes deseos de vengar á esa desgraciada mujer, y en segundo lugar porque el descubrimiento de los secretos, si los hay, no puede ya perjudicar á nadie.

—¿A la familia?

—No se le conoce familia.

—Yo creía que no tenía usted ningún informe acerca de la víctima.

—Ayer no tenía ninguno.

Como Gourdon mostrase su aire vago, Miguel se apresuró á añadir:

—Es una de las cartas de mi juego que le comunico á usted gustoso; podrá serle útil, y, salvo en un punto, ya le dije á usted que me consideraba como su aliado. Encontrará usted seguramente informes útiles en casa de madama Rocher, calle de Tournón, número 88, bis. Esa señora era la mejor amiga, y quizá la amiga más antigua de madama Lussac.

—¿Conocía usted al menos este último dato antes del crimen?

—Lo ignoraba absolutamente.

—¿Pero conocía á madama Rocher?

—Tampoco. La he visto hace poco por primera vez.

—¿Por casualidad?, preguntó Gourdon en tono de tiente.

—Tampoco. Fué á encontrar á esa señora con un objeto determinado.

—¿El que usted me oculta?

—En parte.

Gourdon se detuvo en seco y fijó en Miguel una mirada clara, sin sombra de ambigüedad, y en la que asomaba una franca estimación.

—Repito lo dicho, exclamó; no es usted más que un aficionado, y llevará muchos desengaños; pero posee usted la vocación, la santa vocación, sin la cual el trabajo más obstinado no vale un comino. Espero con impaciencia el momento en que querrá enseñarme todo su juego; estoy seguro de encontrar en él, si no la verdad, al menos interesantes combinaciones. Mientras tanto ¿quiere usted asistir á una captura?

—¿Geo de Montparnó?

—Precisamente. Es usted asombroso. Hace un par de horas que tenemos á Geo al alcance de nuestra mano.

—¿Y no le ha hecho usted prender en seguida, á fin de ver si hacía gastos excesivos ó delataba inoportunamente algún cómplice? ¡Bravo, Sr. Gourdon!

Gourdon se inclinó, tan halagado como si hubiese recibido las felicitaciones de un rival.

—Le prenderemos á cosa de las tres, dijo.

—¿En Montparnasse?

—En Montparnasse ó en el Maine.

—Me gustaría asistir á la prisión. ¿Dónde le encontraré á usted?

—En la estación del ferrocarril, en la sala de espera de primera clase.

Prouvaire dió un apretón de mano al polizonte y fué á tomar un coche de alquiler en la estación más próxima.

—¡Calle de Juan Jacobo Rousseau, correo central, dijo al cochero; y á escape!

El coche se puso en marcha con lentitud. Por el ventanillo de atrás, Miguel vió que un hombre con todas las trazas de policía tomaba un fiacre.

—¡Gourdon ha reducido la vigilancia á la mitad!, pensó. Vamos á dar un hueso á ese bravo espía.

Prouvaire dejó que el fiacre policíaco siguiese al suyo. En la calle de Juan Jacobo Rousseau, se apeó con calma, se dirigió hacia la lista de correos y presentó al empleado la tarjeta de Pedro Brunot:

—Espero un telegrama, dijo.

El espía acababa de entrar en la sala y se paseaba con aire indolente. El empleado encontró casi en seguida el telegrama y lo presentó á Miguel que se lo metió en el bolsillo con afectada prontitud. Volvió á tomar el coche y, abriendo el mensaje, leyó:

«Hay error ó burla. No conozco á madama Lussac ni á usted.

»Velpreau.»

—¡Es lo que yo me figuraba!, murmuró el físico. Tendré que escribir cuatro palabras de excusa á ese hombre.

Seguido siempre por el coche del espía, se apeó en la estación de Montparnasse, donde encontró á Gourdon.

—Su agente me acompañó con habilidad, le dijo con una sonrisa. Le debe usted felicitaciones. Me vió bajar del coche en la calle de Juan Jacobo Rousseau, y retirar de la lista de correos un telegrama. Es inútil que usted sepa que yo no conocía á mi corresponsal. Temo haberle desconcertado con una pregunta que ha debido parecerle horriblemente absurda y á la cual contesta... lea usted.

Presentó el telegrama abierto á Gourdon, que lo leyó con cierto estupor.

—En efecto, dijo, si ese caballero no conoce á madama Lussac ni á usted, toda pregunta relacionada con ustedes dos ha debido parecerle fantástica. Le conozco á usted bastante para sospechar que no obró usted á la ventura.

—¡Ah!, sobre todo, no vaya usted á hacer turbar la tranquilidad de ese hombre por la justicia, exclamó el físico. Es verdaderamente ajeno á nuestro asunto.

—No se lo prometo á usted sino á medias, declaró Gourdon riendo, á no ser que usted me dé alguna explicación.

—Hagamos una hipótesis. Para usted equivaldrá á la verdad exacta. Supongamos que encontré algunos nombres en un tarjetero, que yo tenía el derecho y aun el deber de registrar. Supongamos también que ciertos actos del dueño de ese tarjetero me interesaban profundamente. He empleado normalmente los medios más rápidos de adquirir informes sobre las indicaciones encontradas en el tarjetero, y, por ejemplo, respecto al remitente de este telegrama, yo le había hecho una pregunta destinada á eliminarlo de mi investigación, si condescendía á contestar. ¿Le basta á usted con esto?

—Plenamente, contestó Gourdon. Todos los personajes eliminados para usted lo son para mí... ¡Vamos á apoderarnos de Geo!

Gourdon dirigió una mirada hacia el ángulo más penumbroso de la sala. Un hombre flaco, de bigote marcial, se levantó de la banqueta en que estaba sentado y se acercó á pasos contados.

—¡Precédenos!, dijo brevemente el detective.

El hombre salió de la sala de espera y se dirigió hacia la calle de Odesa, seguido de Prouvaire y de Gourdon.

—Según mis últimas noticias, dijo el jefe de la Seguridad, el bravo Geo se pasa la vida en el Saltamontes, una taberna por el estilo de los antiguos garitos, desprovisto de todo el *confort* moderno, con tres ó cuatro pájaros de su tribu. Geo no es hombre de muy mala reputación. Es un personaje bastante pendenciero, que no pega mucho á su compañera, se contenta con poco y no ha purgado más que condenas anodinas. Pero la naturaleza nos enseña que la necesidad transforma á las criaturas. Geo ha podido resolverse á matar á su prójimo, tentado por la ocasión. Lo que me extraña, es que haya escogido á la señora Lussac.

—Eso no le extrañaba á usted ayer, afirmó tranquilamente el físico.

—Yo no se lo dije á usted. ¿Cómo lo sabe?

—Por inducción. Ayer, podía usted sospechar de la camarera ausente. Hoy, supongo que ha podido usted formarse una opinión sobre esa mujer y sobre sus relaciones.

—¡Justamente!, dijo Gourdon chasqueando la lengua. Nació usted para policía... Hay que seguir la pista á los dependientes de las tiendas...

—Y usted siente poco entusiasmo por esa pista.

—Es verdad. Sin embargo, no la abandono.

—No puede usted abandonarla: eso sería contrario al manual del perfecto detective.

—¡Ah!, dijo curiosamente Gourdon... ¿Ve usted por ese lado una posibilidad?

—Francamente, no lo creo. Yo, en el puesto de usted, no dejaría de hacer todo lo necesario en virtud de lo que yo me permitiría llamar la ley de las coincidencias... Los acontecimientos y los seres que convergen en torno de un mismo ser, por más que dependan de causas ó de lazos diferentes, pueden ser siempre propios para comprobar un mismo hecho. ¡Claro está que no hablo de la eliminación, que es la base misma de toda instrucción judicial!

El detective escuchaba pensativo. Prouvaire continuó:

—Así es que, por ejemplo —y ejemplo clásico— tal mozo lechero será un hombre honradísimo —fraude aparte,— pero su amante frecuentará gente sospechosa. Entonces, Geo puede aparecer en el horizonte, al principio como incidencia remota, y después como primer actor...

—¿No lo cree usted probable?

—No.

—¿Entonces, usted parte de la conjetura de que Geo surge bruscamente de la sombra, guiado por un acontecimiento fortuito ó por un individuo lejano?

—No corro tanto. No me pronuncio en manera alguna sobre el papel de Geo, papel cuyo alcance es quizá de lo más indirecto. Pero si admito á Geo en la calle de Cassini, parto en efecto de la hipótesis de que su presencia no es debida á la acción refleja de ningún dependiente de comercio. Necesariamente, supongo un personaje desconocido... y «central.»

—Por consiguiente, como punto de partida, usted elimina el robo.

—No lo elimino, de ninguna manera. Ha habido robo. Pero ¿en qué sentido? Y ese robo ¿es simple? Prouvaire se interrumpió y, volviéndose hacia el detective, terminó diciendo:

—Me ha conducido usted á los confines de mi idea... permítame que no le diga más.

—No es usted sencillo, confesó Gourdon. Aun fuera del asunto, siento que su hipótesis es capaz de interesarme.

—Entonces, ayúdeme. Le juro que espero con impaciencia el momento de podersele decir á usted todo.

—¡Pues bien, sea!, dijo bruscamente Gourdon... Fiaré en usted. Si trata de engañarme, será una mala acción.

—No trato de engañarle. Sólo la necesidad me obliga á guardar silencio provisionalmente.

—Esperaré. Pero, entendámonos. Prometo á usted mi ayuda, mas no le prometo enseñarle mis cartas.

—No pido tal cosa.

El hombre de bigote marcial los había conducido por la calle de la Gaité á la avenida del Maine. Desembocaban en la calle de Vanves, cuando un personaje, con cabeza de lirón y mirada nocturna, surgió ante ellos.

—Geo está en el café de la Marmota, dijo.
—¿Hace tiempo?
—Apenas diez minutos.
—¿Con la cuadrilla?
—Con Paulot la Butte, Paillon alias Chancleta, Nenesse Mechero Auer y el pequeño Ta Poire...
—¿Cercados?
—Cercados.

—¡Vamos allá!, dijo el subje. La consigna es de no coger más que a Geo, en caso de que trate de escapar por el patio... ¡Hep!

Otras siluetas se perfilaban en ambas aceras. A pesar de los disfraces, Prouvaire creyó reconocer en ellos a agentes de policía.

Llegóse rápidamente al café de la Marmota. Era una innoble taberna, entarimada con viejos cuartos de pino, en la cual se veía, metida en una especie de jaula, una vieja marmota groseramente disecada, que la polilla se apresuraba a devorar. Los taberneros, marido y mujer, estaban sentados y pegados uno a otro, detrás de un mostrador de cinc, sobre el cual se veía un tonelito de cristal lleno de cerezas en aguardiente, jarabes de varios colores, botellas de ajeno y de otros aperitivos.

Cuatro pillastrones practicaban la clásica malilla; un borracho tomaba una «bala rasa» en el mostrador.

A la vista del subje, el tabernero, robusto y velloso hijo de la Auvernia, bajo y grueso como un tonel, pestañeó rápidamente.

—¿Qué se le ofrece Sr. Gourdon?, preguntó con inquietud.

—Nada, replicó Gourdon. Vamos a coger un individuo en la trastienda. No se moleste usted..., conocemos la casa.

Siete u ocho hombres, algunos de ellos forzudos, entraron silenciosamente, con aire equívoco y resuelto.

—¡Vamos allá!, dijo vivamente Gourdon que precedió a sus acólitos.

Atravesaron un corredor cavernoso, que olía a residuos de digestión, a moho y a humo de tabaco frío. Gourdon abrió de un empujón, una débil puerta carcomida.

Entonces se vieron, sentados delante de varios productos de baja destilería, media docena de pícaros, con la gorra ladeada y la americana abierta sobre elásticos rayados de diferentes colores. Todos reconocieron inmediatamente al subje y adelantaron sus cabezas crapulosas.

—¡No se incomoden!, dijo Gourdon con amabilidad. Hay cinco que pueden acabar de beber tranquilamente..., con tal de que Geo quiera tener la amabilidad de echar un párrafo conmigo.

—¡Eso quiere decir que van ustedes a meterme en chirona!, dijo con fisga un largo personaje de omoplatos en forma de platos soperos.

Crispaba su rostro plumizo, con estrías azafranadas, en que brillaban unos ojos de mastín y en que se entreabrían unos labios que parecían tubos de macarrones en salsa de tomate.

—¡Bien, bien, al pelo!, dijo en son de mofa. Precisamente tenía yo ganas de descansar una temporada.

Esto diciendo, se daba recios golpes en el muslo y brillaba en sus ojos una burlona bellaquería. Después de haber apurado su copa de un trago, vino a plantarse delante de Gourdon.

—Héteme aquí, dispuesto a charlar y a seguirte, como quieras. Vosotros, insignes postes, dejadnos solos. Estáis aquí de más.

Los pillastres apuraron tranquilamente sus copas y se retiraron, sin darse prisa, por la puerta trasera. Uno solo, personaje escurridizo y flaco, cuyas mejillas habían temblado, no se tomó el tiempo de vaciar su copa. Flexible, ágil y furtivo, desapareció antes que los demás, sin que se oyese el roce de sus alpargatas.

Prouvaire, que se había colocado en un ángulo desde donde observaba la escena, dijo vivamente al subje:

—¡Cuidado!.

Pero Gourdon no le escuchaba, ni los suyos tampoco, ocupados como estaban en acorralar a Geo, por temor de una sorpresa.

—¡Ya estamos solos!, dijo con sorna el pillastre. Si tienes empeño en hablarme sin testigos, no tengo inconveniente. Pero si estos señores no le estorban a usted, a mí no me estorban tampoco. Mi conciencia es de cristal de roca.

Gourdon le miró bien de frente y le preguntó en tono brutal:

—¿Cuántos billetes de mil te ha valido lo de la calle de Cassini?

Geo levantó los ojos al techo y se llevó las manos a las costillas en señal de regocijo.

—¿Por eso vienes a turbar mi digestión?.. ¡Vaya una ocurrencia!. La calle de Cassini y yo no nos conocemos... Ni siquiera sé dónde se encuentra.

Su aire sardónico se acentuaba; toda su persona respiraba una tranquilidad suprema.

—¿Y tu pipa?, gritó Gourdon con aire misterioso. ¿No se te cayó por ventura en un rincón?

Geo se registró con un gesto jovialmente perplejo y sacó del bolsillo una pipa de cerezo bastante parecida a la descubierta en el hotel de la señora Lussac, pero de aspecto nuevo.

—¡Qué susto me has dado!, cloqueó. ¡Una hermosa pipa que me costó doce perras! Afortunadamente, aquí está.

—¿Y no hace mucho tiempo que las has pagado, a tres doce perras?

—Ocho días justos. ¿Cómo lo sabes?

—Geo, dijo gravemente el subje, haces mal en gastar bromas. La cosa es seria. Sabes muy bien que tu pipa vieja se quedó en la calle de Cassini, donde se te perdió anoche. Poseemos pruebas indiscutibles.

—Si son indiscutibles, es inútil discutir. No tienes más que llevarme ante los curiosos (1).

—Harás mejor en confesar.

—No confeséis jamás, dijo el malandrín con una mirada oblicua. ¿De qué serviría, si tales pruebas tienes? Me gustaría verlas. ¡Llévame a la sombra!

—¿Es todo lo que tienes que decir?, repuso Gourdon con una flema amenazadora.

—Es todo, viejo zorro, y acuérdate de lo que digo: antes de mañana, no será el tío Gourdon el que se ría. Estás haciendo una plancha, y te morderá la lengua. Pero no es esto todo: que me pongan las esposas, porque no respondo de mí.

Y alargaba sus manos enormes, como palas con brazos flaquísimos por mangos.

Prouvaire se decidió a romper el círculo que rodeaba al rufián. Y dijo a Geo, en voz baja:

—¿Es al hombre de las alpargatas a quien prestó o dió usted su pipa?

Geo tuvo un estremecimiento y volvió su mirada atónita y colérica hacia el recién llegado.

—¿Qué quiere ése? ¿De dónde sale?

Y añadió fijando atentamente los ojos en la fisonomía extraña del sabio:

—Ni siquiera eres de la policía. Entonces, ¿qué haces tú aquí?

—¡Has confesado!, afirmó enérgicamente Miguel. Es el hombre de las alpargatas.

—¿Qué hombre de las alpargatas?, replicó Geo procurando disimular en son de burla, aunque dirigió a Prouvaire una mirada asesina.

—El que huyó el primero, sin vaciar su copa.

—¡Nenesse Mechero Auer!, exclamó el policía de cabeza de lirón.

Geo se encogió de hombros con desprecio, y dijo avanzando su cara crapulosa hacia Miguel:

—¿Entonces haces de polizonte por afición, especie de zoquete? ¡Tampoco serás el último en reírte, yo te lo prometo!

Y añadió dirigiéndose a Gourdon:

—¡Qué lata! Estoy harto de vuestras simplezas. Págame una verde (2) y que me lleven a la casa grande... Hablaremos con el curioso.

El subje no contestó. En su frente se marcaba un obscuro descontento. Dirigiéndose a uno de sus hombres, dijo en tono imperativo:

—¡Un fiacre! ¡Y a la cárcel con él! Luego iré a decirle dos palabras.

—Será inútil, replicó insolentemente el bandido. No quiero tratar contigo para nada. Has hecho una plancha como la torre Eiffel, y se te caerá encima. Sólo quiero habérmelas con el curioso.

Gourdon conocía demasiado el paño para prolongar el interrogatorio: reservándose el trastear a Geo antes de que compareciera ante el juez de instrucción, hizo seña a uno de los agentes, que puso las esposas al pícaro. Diez minutos después, dos agentes forzudos se llevaban a éste en fiacre. Otros agentes recibieron instrucciones, en voz baja, y se eclipsaron; no quedaron en la trastienda de la Marmota más que el subje, Prouvaire y el hombre de la cabeza de lirón.

—¿Sabe usted lo que tiene que hacer?, preguntó Gourdon a este último.

—Sí, dijo el otro en voz apagada. Pero si el señor tiene razón, no va a ser fácil. Nenesse se habrá soterrado.

—El señor tiene razón, dijo el subje volviéndose hacia Miguel. Procure usted desenterrar a Nenesse.

El polizonte plegó los párpados, de entre los cuales se escapó una aguda mirada fosforescente, inclinóse y desapareció.

(1) Los jueces.

(2) Una copa de ajeno.

—Sr. Prouvaire, dijo entonces Gourdon, disgustado, es usted el que ha dado en el quid; le felicito sinceramente y, como no estoy celoso, si usted fuera un pobre diablo le haría emplear en la Prefectura. Pero ¿por qué no haberme advertido en seguida? Hubiéramos podido coger a Nenesse.

Miguel recibía con evidente placer los elogios del subje.

—Hombre, dijo muy quedo, era natural que yo observase, no estando, como usted y sus agentes, absorbido por la acción. No dejé de advertir a usted, pero demasiado discretamente quizá, la salida equívoca de... Mechero Auer. Por lo demás, mi convicción aun no estaba formada; no era más que una intuición. Me convencí escuchando a Geo. Ese bravo malandrín respiraba inocencia y seguridad.

—¡La inocencia penal!, completó riendo el detective. Sinceramente hablando, me causó la misma impresión que a usted. Pero la profesión me obliga a no tomar mucho en cuenta mis impresiones. Ante todo los hechos; y en el caso presente había que aclarar lo de la pipa. Mi actitud respecto a Geo es conforme a la tradición: tratar siempre de provocar confesiones, sea cual fuere la apariencia. Pero he faltado, lo mismo que mis hombres, despreciando los pipiolos. Si fuera usted del oficio, comprendería esta distracción; dimana del hipnotismo. Tenga usted en cuenta que puede equivocarse, porque la realidad se burla a veces de toda lógica. Sin embargo, no lo creo: la nueva pipa de Geo, efectivamente, data ya de algunos días: había prestado, dado ó perdido la primera antes del crimen. Luego, dejó estallar su mal humor cuando usted le habló y, al nombre de Mechero Auer, pestañeó. Por consiguiente, conoce el asunto, en parte al menos. Se puede apostar cien luises contra un céntimo que el autor del asesinato es Nenesse.

—¿Pero usted no cree que lo cometiese solo?

—Eso no lo sé. Nenesse es un personaje listo, un terrible manejador de llaves y cerraduras, y acaba usted de ver cómo sabe tomar pronto y con seguridad una determinación. Si tuvo algún buen indicio sobre el hotel de la calle de Cassini, es muy capaz de haber obrado solo.

—¿Hasta ignorando la configuración exacta de la casa?

—Hasta ignorándola. Ha «hecho» sin tropiezos quintas complicadas, defendidas por perros y lazos; sabe orientarse. Pero veo que usted sospecha que trabajó asociado. Es probable.

—A mí me parece seguro.

—¡Oh, seguro!, exclamó Gourdon. No discuto yo la competencia de usted, Sr. Prouvaire; pero esa palabra es una palabra de principiante.

—Sin embargo, repuso modestamente Miguel, recuerde usted el golpe en la sien. Juzgo imposible que lo diera Mechero Auer. Ese golpe exigió una fuerza considerable, y nuestro hombre no es seguramente tan vigoroso. ¿No es más bien un practicante del cuchillo, del revólver y hasta del nudo corredizo?

—Es verdad, dijo el subje. Nenesse no es hombre de fuerza. Sin embargo, no me doy por vencido sobre este punto. En un momento de excitación, los más débiles dan golpes sorprendentes.

—Los nerviosos, sí. Pero ése no es un nervioso. Por otra parte, yo no tendría en cuenta su musculatura más que a medias, si un hecho, que usted observó como yo, no le diese una importancia capital; el cuarto dormitorio estaba manchado por calzado sucio; en el salón no había nada de eso; arriba encontramos una pipa grosera; abajo, un estuche de lentes elegante.

—Ello no es aún decisivo; sin embargo, completadas una por otra, esas pruebas resultan imponentes. Si no comprendo mal el fondo del pensamiento de usted, Nenesse no debió de tomar parte en el asesinato. Por consiguiente, el papel principal debe pertenecer a otro.

—En efecto, Nenesse no debe de ser más que un comparsa.

—¡Lo que usted dice es muy grave! El Sr. Louvart deduciría en seguida que fué el sobrino de usted quien ejerció el mando.

—¡Ah!, suspiró Miguel. ¿Y usted?

—Yo lo dudaría mucho; porque es difícil de admitir que un muchacho tan joven, educado en una sociedad como la de usted, haya podido ponerse en relación con Nenesse, alias Mechero Auer. Pero hay los diez mil francos. Es un hecho implacable: mientras no se explique ese hecho, ningún hombre de justicia ni de policía tiene derecho a recurrir a intuiciones é hipótesis.

Hubo un momento de silencio. La inteligencia de Miguel cedía el puesto a su sensibilidad; apoderábase de él una tristeza sutil; a pesar de su confianza en Enrique en sí mismo, experimentaba ese peso de los

acontecimientos que destruye todas las verisimilitudes. Por fin dijo meneando la cabeza:

—Nenesse trabajó con un individuo singularmente astuto, aunque bastante torpe en ciertas cosas.

—Sobre todo si se admite, como usted lo hace seguramente, que eran de esferas distintas.

—¡Lee usted en mi pensamiento!, exclamó Miguel sonriendo. Lo admito casi sin reservas. Entendámonos, sin embargo. No pretendo que *el otro* no sea un bandido; al contrario; es un bandido de otra esfera. Probablemente del grupo de los grandes estafadores, que tienen gustos análogos a los de los hombres de mundo, mientras que en la tribu de Nenesse...

—¡Son todavía las concupiscencias de los salvajes!

—¡Justamente! Pues bien, el otro no tenía, á mi juicio, ninguna necesidad de la colaboración material de Nenesse: el hombre que asesinó á la señora Lussac conoce el arte de la cerrajería.

—Hay muchos individuos á quienes no les gusta operar solos.

—Sin duda. Entonces ¿y la pipa?

Gourdón dirigió al físico una mirada casi atónita.

—¿Cómo, la pipa? Se le cayó sencillamente á Nenesse.

—¿Eso cree usted? ¿Examinó usted con cuidado la ceniza?

—Sí, había un poco de ceniza en el suelo.

—Estoy seguro que si usted hubiese tenido entonces la sospecha que yo concebí en seguida —por casualidad, lo reconozco— le hubiera llamado la atención este detalle: la ceniza formaba, cerca de la pipa, un montoncito casi regular.

—¡Basta!, exclamó Gourdón. Es demasiado claro. Si á Nenesse se le hubiese caído la pipa, y ésta hubiese rodado mientras él operaba en el arca, hubiera habido reguero ó al menos dispersión de ceniza. Me acuerdo perfectamente del montoncito; era, en efecto, muy regular, como si hubiesen puesto allí la pipa algo bruscamente.

Hubo otro momento de silencio. Gourdón sentía aún crecer su estimación por el sabio; pero, como él mismo había dicho, no estaba celoso. Además, tenía la seguridad de decir la última palabra en tan misterioso asunto. Sin embargo, despertaba en él una pequeña emulación, un deseo casi impaciente de demostrar su habilidad.

—Vamos á ocuparnos de Nenesse, declaró. No será fácil desalojarlo de su madriguera.

—¡Ya le desalojará usted!, dijo cordialmente Miguel. ¿No es usted el primer detective de Francia y quizá del mundo entero? No ignoro su historia; recuerdo cómo sacó usted por la pista á Dornant, llamado el Inencontrable, y al extraordinario Rouche, que desafiaba desde hacía seis meses, á toda la policía de los Alpes Marítimos, del Piamonte y de la Liguria... Fué usted á cogerlo, casi solo, en un pinar, después de haber seguido su pista como un mohicano.

—¿Cómo! ¿Se acuerda usted de eso?, exclamó el jefe, asombrado.

—Recuerdo otros muchos actos de su carrera, y no he olvidado su *debut*, que pasó casi inadvertido para el gran público, pero que todos los aficionados admiraron: mientras la policía inglesa buscaba á través de la Gran Bretaña, el Canadá y los Estados Unidos, á Jack el falsificador, le echó usted mano en un hotelito inglés del barrio de San Lázaro, donde el muy ladino se ocultaba, admirablemente por cierto, en calidad de mozo de comedor.

—¡Es verdad!, dijo el jefe, enternecido. Y me place oírsele referir; es uno de mis mejores recuerdos. Ahora me sorprenden menos las aptitudes profesionales de usted; arrancan de sólidas teorías.

La simpatía de Gourdón por el físico acababa de dar un gran paso. Como en tiempo de La Rochefoucauld, el acariciar al amor propio es todavía el mejor medio de granjearse la buena voluntad de sus semejantes y hasta la de los agentes de la prefectura de policía.

Los dos hombres se separaron cordialmente:

—Salvo algo imprevisto, le invitaré á usted á la captura de Mecheró Auer, dijo el detective.

—Lo celebraré. ¡Si es posible, no olvide usted el testamento!

Mientras regresaba á su domicilio, Miguel oyó pronunciar *La Patrie*. Compró el periódico y, aunque se lo esperaba, estremeciéndose al ver estos epígrafes, en gruesos caracteres:

Monstruoso asesinato en la calle de Cassini. — Una prisión sensacional.

Subiendo la calle de Nuestra Señora de los Campos, leyó, febril:

«Un misterioso y terrible homicidio cometióse anoche en la calle de Cassini, á dos pasos del Observatorio. En el hotelito que lleva el número 28, se descubrió el cadáver de una mujer joven y encanta-

dora, madama Lussac, que había recibido tres puñaladas en la región del corazón y dos golpes de instrumento contundente en el cráneo. Fué un vecino de la víctima, D. Miguel Prouvaire, el eminente profesor, quien señaló el crimen. Alarmó un grito espantoso, un grito horrible, un grito de agonía. Sin embargo, no intervino en seguida, por temor de haberse equivocado sobre la naturaleza de la queja. La salida del asesino, ó de los asesinos, revelada por ruidos sospechosos, le decidió á intervenir. Encontró á la señora Lussac tendida en la alfombra de su salón, sin señales de vida. Los muebles revelaban huellas de lucha; la víctima parece haber sido sorprendida, ya porque la entrada de los asesinos fuese súbita, ya porque el homicidio hubiese sido precedido de una entrevista sobre la naturaleza de la cual ni siquiera se pueden hacer conjeturas, en el estado en que se halla la instrucción judicial. Parece que la infeliz fué primero aturdida por los golpes de un instrumento pesado, golpes descargados con terrible vigor, pues el reconocimiento médico señala fracturas del cráneo.

»El comisario de policía de Montparnasse, llamado al teatro del crimen por D. Miguel Prouvaire, procedió á una investigación de las más hábiles y felices. Después de un examen del hotel, interrogó á la cocinera de madama Lussac, Gúdula van den Heuvel, que declaró no haber oído nada, lo cual se explica porque dormía en un piso alto, porque tiene el sueño pesado y porque es algo sorda. Pero, si la testigo no oyó nada, había visto algo; antes de acostarse, asomóse un instante á su ventana, que da al patio y al jardincito del hotel, divisó la silueta de un hombre, de pie en la escalinata de la puerta trasera. Afirma que aquel hombre era D. Enrique Delorme, el propio sobrino de Miguel Prouvaire, que vive con éste en un pequeño pabellón inmediato al hotel. El comisario se cercioró de que Enrique Delorme se hallaba ausente de su domicilio y, por lo que pudiera ser, le tendió un lazo. Sucedió lo que él esperaba. Minutos después de la media noche, el sobrino del Sr. Prouvaire, al retirarse á su casa fué detenido por varios agentes y conducido ante el magistrado. La escena fué rápida y trágica. Acusado de haber asesinado á la señora Lussac, Enrique se mostró violentamente emocionado y, con un gesto tan brusco como imprevisto, sacó del bolsillo diez billetes de mil francos que presentó al comisario: «¡Ante todo, exclamó, tome usted este dinero que no me pertenece!» Y prorrumpió en sollozos. En vano el hábil comisario trató de arrancarle una explicación ó una confesión. El acusado se encerró en un mutismo completo del cual no pudieron arrancarlo ni Jaime Gourdón, el eminente jefe de la Seguridad, ni el Sr. Louvart, el simpático juez de instrucción encargado de esta causa.

»Desde la detención de Enrique Delorme, la instrucción no ha adelantado un paso, cierto es que no ha hecho más que empezar. El detenido sigue guardando silencio y las investigaciones del juez y de Jaime Gourdón no han añadido nada á los primeros descubrimientos. Háblase, sin embargo, en términos algo enigmáticos, de la próxima prisión de un bandido profesional, y cabe preguntarse con estupor, cómo Enrique Delorme, hijo de familia excelente y de quien no se conocen más que frecuentaciones honorables, hubiera podido asociarse con un expresidiario de la más baja categoría. Por lo demás, este crimen parece rodeado de misterios: nosotros nos vemos obligados á cierta discreción, á fin de no entorpecer la acción de la justicia.»

El periódico continuaba en este tono durante una treintena de líneas, para hacer luego, á guisa de posdata, una descripción del teatro del crimen y un inventario detallado de las heridas de madama Lussac, y añadía algunos detalles, mezcla de verdad y de ficción, sobre la carrera de Miguel Prouvaire y sobre su vida íntima.

El físico terminó esta lectura con una amargura extrema. Su nombre, respetado desde tantas generaciones, era entregado á la necedad feroz del público, á la terrible trompeta de la Prensa. Y si la refutación no era ruidosa, si la libertad de Enrique Delorme no se decretaba con esos considerandos que hieren la pueril imaginación popular, quedaría siempre una duda.

—Es un combate del cual hay que salir luminosamente victorioso, decía para sí.

Sus vértebras se estremecieron. Estaba bien seguro de la inocencia de su sobrino; hubiera respondido de ella como de su propia inocencia; creía también despejar el camino de la verdad; creía, en fin, en la lógica de los hechos, cuando la comprueban una voluntad segura y una reflexión ardiente. Pero la vida es una terrible asechanza. Bien lo saben los animales de la selva y del páramo; bien lo saben, los millares de infortunadas víctimas del azar de las circunstancias. Miguel Prouvaire no es más que una

débil criatura, sometida á todas las contingencias, y ¿no es ya una extraordinaria fatalidad que la acusación haya podido producirse? Todo azar nefasto tiende á hacernos ver mejor la posibilidad de otros azares nefastos. Es el sentido profundo del refrán: «¡Bien vengas, mal, si vienes solo!»

—¡Lucharemos con encarnizamiento, sí!, pensaba el químico. Las probabilidades están todas de nuestra parte, sin duda, pero ninguna certeza. ¡Si Lavoisier pudo subir al patíbulo, condenado por unos imbéciles, la familia de Miguel Prouvaire puede muy bien verse deshonrada por una coincidencia!.

E irguióse con aire resuelto. Era una naturaleza propensa á la lucha. No había perdido nunca sus días en quejas ni en recriminaciones. Por duro que pudiera ser el destino, no lo temía y no lo aceptaba sin batalla.

Al llegar á la esquina del bulevar Montparnasse y de la avenida del Observatorio, vió que el gentío había aumentado. Media docena de vendedores ambulantes vociferaban: «*La Patrie*» poseídos de un frenético entusiasmo. La gente se precipitaba, con una curiosidad malsana, hacia aquella corta calle de Cassini donde habían matado á una criatura de su especie. Como por la mañana, honorables vecinos, y vecinas sobre todo, reconocieron al químico. Su nombre empezó á volar por boca de los porteros, de los mozos de tienda, de los chiquillos y de los pequeños rentistas. Pero un elemento simpático había crecido: una gavilla de apaches que miraban con cierto aprecio al tío del asesino.

Miguel pasó, algo pálido, con el puño crispado en el bastón, por entre las frases injuriosas. Sin duda, Gourdón había dado órdenes, pues el sabio fué en seguida protegido por los municipales y por algunos personajes disfrazados, cuya identidad no hacía ilusión á nadie.

Entró en su casa con la boca contraída y los ojos lucientes.

Su hermana y su sobrina le esperaban con impaciencia. Los rumores de la calle las inquietaban; pero, en el fondo del jardín y al abrigo de altos muros, se mezclaban, inciertos, caóticos.

—Esos vocingleros son insoportables, dijo Miguel. Llenan toda la vecindad; se ven, entre ellos, los tipos inmundos que bullen, las mañanas de ejecución, cerca de la Roquette, en torno de la guillotina.

Y añadió sacando hábilmente partido de la circunstancia:

—Amigas mías, os prohibo absolutamente que salgáis, hasta que esa turba haya cesado de manchar los alrededores.

Luciana le ayudó diciendo:

—¡Oh!, no tenemos ninguna gana de salir ¿verdad, mamá?

—No, contestó la señora Delorme con indiferencia.

No pensaba más que en una cosa, comparados con la cual todos los incidentes del mundo palidecían: la vuelta de Enrique.

—¿Hay noticias?, preguntó á Miguel con expresión suplicante.

—¡No eres razonable!, contestó él con afabilidad. ¿No es ya mucho haber recibido el telegrama?

Es verdad, replicó con voz quejumbrosa, no soy razonable, ya lo sé.

Hubo un largo silencio. Fuera, la muchedumbre seguía alzando su clamor de tempestad. Y aquellos tres seres eran como naufragos en un islote, en medio de olas inagotables. El universo aparecía de pronto hostil y feroz. Lo es, en suma, para toda criatura debilitada; desde el momento que cesamos de orientarnos bien, desde el momento que nuestra defensa flaquea, toda fuerza y toda vida se nos hacen amenazadoras.

—¿Qué dicen los periódicos?, preguntó la señora Delorme, después de una pausa.

Miguel arrugó la frente y contestó con fingida impaciencia:

—¡Necedades! Eché una ojeada en *La Patrie*... ¡Qué ridiculeces y contrasentidos!

Creyó que su hermana iba á insistir y se preparaba á subterfugios. Pero otra vez sólo pensaba ella en su hijo, hipnotizada por el misterio de su ausencia que quitaba importancia á todos los demás misterios.

—A propósito, dijo Luciana, han venido varios reporteros para *interviewarte*; á Mariquita le ha costado mucho trabajo despedirlos.

Prouvaire frunció el entrecejo. Como todos los individualistas, detestaba la extraordinaria intrusión del periodismo en la vida de las personas. Pero comprendía su fatalidad y su utilidad. Bien concebido y bien ejecutado, el *interview* puede ser uno de los más profundos agentes de esa investigación humana sin la cual ninguna ciencia sociológica es posible.

(Se continuará.)



La revolución en China.—La puerta de Hunyang de la ciudad de Wu-chang ocupada por los revolucionarios chinos, quienes dieron muerte á gran número de manchúes cuando intentaban huir de la población. (De fotografía de Deutsche Illustrations-Gesellschaft.)

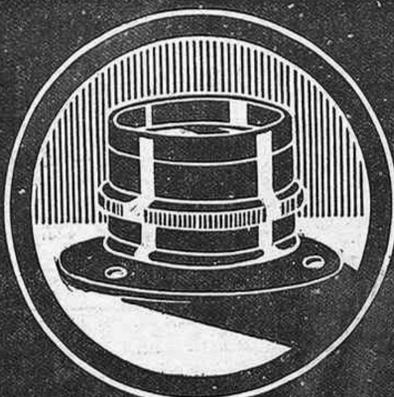
La ciudad de Wu-Chang fué una de las primeras que ocuparon los revolucionarios chinos, según explicamos en el número 1.557, habiéndose apoderado en ella no sólo de numeroso armamento, sino, además, del tesoro del virrey y de la Casa de la Moneda, con lo cual se proporcionaron uno de los principales elementos de la guerra: el dinero. Los manchúes que en aquella población residían trataron de huir cuando en ella entraron los revolucionarios y aun-

que algunos pudieron salvarse, otros fueron alcanzados y asesinados por aquéllos. En cambio, las personas y los bienes de los chinos y de los extranjeros, entre ellos los de la misión católica, han sido absolutamente respetados, habiendo los revolucionarios publicado una proclama en la que amenazaban con la pena de decapitación á quienes causaran á aquéllos el menor daño, ó interrumpieran su comercio, ó se entregasen al saqueo.



CITRATO EFERVESCENTE
"KING"
LA PRIMERA MAGNESIA DEL MUNDO
SU VENTA EN ESPAÑA PASA DE 300.000 FRASCOS ANUALES
ESTE ES EL MEJOR ARGUMENTO

Agente exclusivo: EDUARDO SOLA - Trafalgar 13 - Barcelona



ZEISS
TESSAR

1:3.5 1:4.5 1:6.3

OBJETIVOS LOS MÁS PROPIOS Y LOS MEJORES PARA VISTAS INSTANTÁNEAS, RETRATOS Y PAISAJES.

Pídase el prospecto «P. 281» que se envía gratis y franco.

De venta en los almacenes de aparatos fotográficos.

CARL ZEISS, Jena, ALEMANIA



"DIANA" Cría y venta de legítimos Perros de raza
Wideburg y C.^a
Eisenberg S.-A. 7, ALEMANIA

Envío de ejemplares de todas las razas, irreprochables, legítimos, de pura casta, desde el perrito de salón y del perrillo faldero á los mayores perros ladrones, de guarda y de vigilancia, así como de todas las Razas de caza.

Exportación á todas partes del mundo, en todas las épocas del año, bajo la garantía de que llegarán sanos.

Condiciones ventajosas. Magnífico catálogo ilustrado, con lista de precios y descripción de castas, pesetas 2'50 (se admiten sellos españoles en pago). Lista de precios gratis y franco. Todo en español, francés y alemán.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Africa Pintoresca
REGION DE LOS GRANDES LAGOS
POR VÍCTOR GIRAUD

EL CONGO, POR M. WESTERMARCK

Esta edición, espléndidamente ilustrada, forma un tomo de 356 páginas, y se vende por 12 pesetas en la casa editorial de Montaner y Simón, Barcelona.

AVISO Á LAS SEÑORAS



EL ANIOL DE LOS
JOSEPH HOMOLLE

CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPRESIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Data de 1849 Paris

PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

Casa CANDÈS 8^a St-Denis, 26

DICCIONARIO
de las lenguas española y francesa
por NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA

Cuatro tomos encuadernados: 55 pesetas

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

ANEMIA Debilidad Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Curadas por el Verdadero. — Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.
El más activo y económico, el único inalterable.

LA REVOLUCIÓN EN CHINA

(Primeras fotografías llegadas á Europa y comunicadas por la agencia Harlingue.)



El virrey y los mandarines de Cantón despidiendo en la estación del ferrocarril á las tropas que parten para Hankeu



1, Virrey de Yusman.—2. Virrey de Cantón.—3. Gobernador inglés de Hong-Kong.—4. Almirante Li, herido por una bomba en Cantón.

La revolución se propaga rápidamente en el imperio chino y es dueña de varias provincias y de algunas capitales tan importantes como Shanghai, Nankin y Fu-Chú, en la primera de las cuales se ha proclamado la República china, se ha reunido una asamblea de representantes de las provincias sublevadas y se ha constituido un gobierno revolucionario cuyo ministro de Negocios Extranjeros ha dirigido á las potencias un llamamiento pidiéndoles que reconozcan los Estados confederados. Al mismo tiempo, Cantón se ha declarado independiente y la Manchuria ha proclamado su autonomía.

En Hong-Kong, la noticia de la toma de Shanghai por los revolucionarios fué acogida por la población china con grandes demostraciones de júbilo.

El gobierno imperial, á fin de vencer las circunstancias críticas por que atraviesa, ha recurrido definitivamente á Yuan Shi Kai, quien, después de haber resistido mucho y de ha-

ber impuesto especiales condiciones, ha aceptado al fin el puesto de primer ministro, ha ido á Pekín, ha sido recibido por la emperatriz madre y por el regente y ha conferenciado con el presidente y los dos vicepresidentes del gabinete provisional.

El emperador, por su parte, ha publicado un edicto, que es un verdadero *mea culpa*, según puede verse en el siguiente párrafo que lo encabeza: «Reino desde hace tres años; he obrado concienzudamente en interés del pueblo, pero careciendo de habilidad política no he empleado los hombres como convenía y he dado á nobles demasiados puestos políticos importantes, lo que es contrario al régimen actual.»

Este edicto, en el que se promete la otorgación inmediata de una constitución y la organización de un ministerio del que esté excluida la nobleza y se ofrece el perdón á los rebeldes y una amnistía por todos los delitos políticos, se considera por la opinión pública tardío y se estima como un recurso que se da á Yuan Shi Kai para entrar en negociaciones con los revolucionarios.

QUEBRADO DURANTE 16 AÑOS

Maravillosa Cura de un Bien Conocido Vecino de Santander, Certificada por un Médico

Es una dicha el saber que hay una cura para la quebradura. Mucha gente contiene que sólo un cirujano con cuchillo y aguja puede volver á unir el lugar roto.



Sr. D. DEMETRIO LAGUNILLA

Pero la experiencia del Sr. D. Demetrio Lagunilla, Talleres de S. Martín, Santander, destruye completamente esta teoría. Hay un especialista en Londres que ha descubierto un maravilloso Método de tratamiento, que no sólo retiene toda clase de quebraduras sino que también hace que los músculos se unan. El Sr. Lagunilla supo esto é hizo la prueba y el resultado fué maravilloso.

Aunque de 60 años de edad y con una quebradura muy mala, el Sr. Lagunilla empezó en seguida la cura, y se curó perfectamente en un plazo notablemente corto. Hoy está bueno y alegre y completamente libre de la traza más ligera de su quebradura.

Doctor Leoncio Santos Ruano, Médico de Beneficencia y Forense, Certifica: Que Don Demetrio Lagunilla sufrió por muchos años de una quebradura crural en el lado derecho por la cual ha tenido que usar diferentes braqueros, pero convencido que él no podría curarse de este modo usó el aparato del Doctor W. S. Rice y el Desarrollante Lymphol, y por dicho tratamiento está ahora completamente curado no quedando la más ligera molestia, y así puede dedicarse á sus ocupaciones diarias.

A petición del interesado expido el presente certificado en Santander el 21 de Julio de 1911. (firma) Dr. S. Ruano.

El Sr. Lagunilla recomienda naturalmente este Método y su cura fué de gran interés entre sus amigos, muchos de los cuales estaban quebrados y que ahora también están en camino de una cura.

El Método es el descubrimiento del Doctor W. S. Rice, uno de los más conocidos especialistas del Mundo. Recientemente publicó un libro ilustrado acerca de la quebradura el cual enviará gratuitamente á todo el que lo solicite y con objeto de quitar de la mente del público el que la quebradura no puede curarse. Lo bueno de este método es la ausencia de todo dolor, inmunidad de peligro, no se necesita operación y no hay pérdida de tiempo en el trabajo diario. Es un método que bien merece su investigación. Escriba en seguida - hoy mismo - por el libro gratuito que explica claramente el método de cura y que es de inmenso valor á todos los quebrados ó que tienen amigos quebrados.

Dirección: Dr. W. S. RICE, S. 690. 8 & 9, Stonecutter Street, Londres, E. C., Inglaterra.

VINO y JARABE
DE
DUSART
al Lactofosfato de Cal



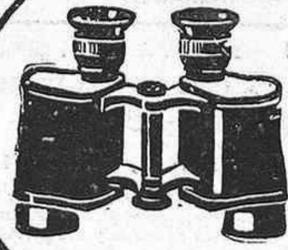
EL JARABE DE DUSART se prescribe á las nodrizas durante la lactancia, á los niños para fortalecerlos y desarrollarlos, así como EL VINO DE DUSART se receta en la Anemia, colores pálidos de las jóvenes, y á las madres durante el embarazo.

PARIS, 8, rue Vivienne y en todas las Farmacias.

PÍDASE PROSPECTO J. A.

ZEITZ

GEMELOS PRISMÁTICOS
PARA
EJÉRCITO Y MARINA.
VIAJE Y SPORT,
TEATRO Y CAZA.



SE VENDEN EN TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS DE OPTICA Y POR
E. Leitz, Wetzlar (Alemania)

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, emplee el PILVORE DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN